

San Ignacio llamó á sus discípulos fué, por consiguiente, un verdadero combate espiritual, aunque en cierto sentido fué también una obra de violencia, puesto que se trataba de obligar á los hombres á que aceptasen una fe de que la conciencia humana se había separado. Se hacen cargos á los jesuitas por sus tendencias ultramontanas, y no se tiene en cuenta que el ultramontanismo era una condicion de su existencia. Los reformadores habían combatido con una especie de furor al pontificado y á las prácticas de la Iglesia romana, nacidas, según ellos, en medio de las tinieblas de la Edad Media: la reaccion dirigida por los jesuitas se vió obligada, como toda contrarevolucion, á volver á las creencias que los protestantes rechazaban; su doctrina fué, pues, necesariamente el ultramontanismo más refinado, y sostuvieron la divinidad del pontificado, su infalibilidad y su superioridad sobre los concilios, y reprobaron todo género de libertades particulares á las Iglesias nacionales. Por la misma razon, los jesuitas debían restaurar el catolicismo tradicional, sin exceptuar su elemento supersticioso; y aun deberíamos añadir que su mayor empeño fué el de ensalzar la supersticion: esto no se debía solamente á la necesidad de su posicion, que les condenaba á exaltar por sistema todo lo que rechazaban los protestantes; hay una razon más profunda que explica la predileccion de los jesuitas por las devociones católicas, y es la de que necesitaban una palanca para remover las almas: ¿qué instrumento hay más poderoso que la inclinacion del hombre á la credulidad? En nuestros dias hemos visto á una sociedad religiosa fundarse en bases tan absurdas que parecen un reto lanzado al buen sentido y á la moral; y sin que se entienda que comparamos á los jesuitas con los Mormones, sin embargo, ¡forzoso es decirlo! el procedimiento es el mismo en el fondo, puesto que los jesuitas, lo propio que los Mormones, convergen á la tendencia supersticiosa que existe en el espíritu humano, y los hechos prueban que unos y otros han calculado perfectamente al contar con lo que hay de más ciego en los malos instintos del hombre. Pero ¿cómo imponer las prácticas del catolicismo á una generacion que se había separado de la Iglesia precisamente por odio á las obras externas? Los jesuitas se apoderaron de la niñez; y de tal manera modelaron su inteligencia, que el hombre salía mutilado de sus manos:

vivía en la ficcion, en las tinieblas intelectuales; la luz no brillaba ya en sus ojos, era para siempre un esclavo sumiso.

Unida á las pequeñas devociones del catolicismo, fué la educacion el instrumento más vigoroso de la reaccion jesuítica. Sin embargo, sería injuriar á los discípulos de Loyola el decir que fueron en todo los hombres de una estrecha gazmoñería: habría que desesperar de la humanidad si fuese cierto que los jesuitas hayan llegado á atraer pueblos enteros á los altares que éstos habían abandonado, sin otras armas que la violencia brutal de la guerra, ó, lo que es peor aún, por medio de la supersticion, que mata el espíritu; no: es preciso que lo mismo en las revoluciones que en las contrarevoluciones haya un elemento de progreso; aunque esto parece contradictorio á primera vista, está, sin embargo, en la naturaleza misma de las cosas. Los jesuitas, que parecen ser una prueba irrecusable contra el dogma del desenvolvimiento progresivo de la humanidad, son, en realidad, un testimonio fehaciente de la ley que rige al mundo y que arrastra aun á aquellos mismos que intentan resistirla. Instituidos para restaurar la religion del pasado, el fracaso era inevitable si no hubieran tenido á su favor más elementos que la violencia y la supersticion, porque la humanidad sólo vive avanzando, y para ello necesita un principio de vida, de perfeccionamiento. Los jesuitas, por más que estuviesen llamados á reaccionar contra una revolucion, han sido también innovadores. En otro lugar hemos dicho que el protestantismo exageró la gracia para reanimar el sentimiento religioso, pero que, exaltando el poder de Dios, anuló al hombre (1). Por reaccion contra el protestantismo, los jesuitas exaltaron la libertad; en esto estaban en lo cierto, porque continuaban el movimiento antiagustiano en el que habían trabajado los grandes pensadores de la Edad Media sin tener conciencia de ello, y su doctrina triunfó sobre los severos partidarios del doctor de la gracia. Era esto inaugurar un nuevo catolicismo, es decir, realizaban la idea de una religion progresiva en el seno de una Iglesia inmutable: no hay, en verdad, una prueba más segura de la inevitable necesidad del progreso; más adelante entraremos en la apreciacion de las doctrinas religiosas de los jesuitas, limitándonos por

(1) Véase la parte octava de mis *Estudios*.

ahora á seguirles en su lucha contra el protestantismo.

§ II.—La reaccion.—La violencia.

N.º 1.—Alemania.—Los jesuitas reformadores.

El adversario más encarnizado de los jesuitas dice que, después de Dios, se debe á la Compañía de Loyola la salvacion de la religion católica en Alemania (1). *Scioppius* es un apóstata protestante, y su testimonio no es, pues, sospechoso. Él mismo se vanagloriaba de haber encendido la guerra de los treinta años; pero, llámese gloria ó infamia, el hecho corresponde al catolicismo, y los jesuitas, ántes que nadie, pueden reivindicar este honor, si honor hay en ello. Gustavo Adolfo les reprochó públicamente el ser los autores de los males de la Alemania, y les dijo que tendrían que dar cuenta ante el tribunal de Dios de la sangre que habían hecho derramar (2). El héroe sueco y el publicista alemán tienen razon: sí, los jesuitas han salvado el catolicismo en Alemania, pero á costa de la guerra más desastrosa; la reaccion católica y la guerra de los treinta años, que fué su fruto, son, en gran parte, la obra de su celo y de sus intrigas.

Cuando los jesuitas fueron á Alemania, el imperio gozaba de la paz de Augsburgo; ciertamente que no era más que una tregua, pero ésta hubiera podido llegar á ser una paz definitiva si las pasiones religiosas no hubiesen sido alimentadas, si los odios nacidos de la separacion no hubieran sido instigados incesantemente. ¿Quién fomentó las pasiones y los odios? El pontificado y su milicia, los jesuitas. Los católicos no habían admitido de buena fe el convenio de Augsburgo, y los mismos que lo firmaron se proponían romperlo; la corte de Roma se negó á reconocerlo, y los jesuitas, instrumentos fieles de la santa sede, trataron de anularlo en cuanto pusieron el pié en Alemania. Sostuvieron que el tratado no era obligatorio: ¿tenían los príncipes católicos el derecho de transigir con la herejía, colocando la concubina al lado de la esposa legítima? La paz de Augsburgo no era más que un acto de circunstancias por el cual se toleraba pro-

visionalmente á los protestantes; tal era el tema habitual de las predicaciones jesuíticas (1). Tampoco los jesuitas reconocían fuerza obligatoria á las cartas imperiales, por las cuales los jefes del imperio habían garantido la libertad religiosa á las poblaciones bohemias y austriacas: eran nulas, decían, porque el papa no las había aprobado, y los juramentos de los príncipes no les obligaban, porque no hay que cumplir la palabra dada á los herejes (2). Ciertamente que las *Cartas de Majestad*, confirmadas por los juramentos de inauguracion, eran leyes fundamentales tan sagradas como nuestras constituciones; pero ¿qué valor tiene para la Iglesia el pacto más sagrado, cuando se trata del interés de Dios, ó, mejor dicho, de la dominacion clerical?

Atacar el tratado de Augsburgo y las cartas imperiales era declarar la guerra á los protestantes, puesto que la paz entre las dos confesiones no tenía más base que aquellas actas solemnes; esto era un reto á muerte; porque si la palabra del emperador y la fe jurada no eran una garantía, ¿en qué podían confiar los protestantes? Los jesuitas tuvieron desde el principio la habilidad de no acosar demasiado á los protestantes; se aprovecharon de la paz de Augsburgo contra los mismos que la habían dictado; y como ésta otorgaba á los príncipes el derecho de reformar la religion, los jesuitas sostuvieron, no sin fundamento, que los príncipes católicos podían hacerse reformadores lo mismo que los príncipes protestantes. Esto era oponer una garantía del protestantismo contra los protestantes y cubrir la reaccion católica con la máscara de la legalidad; pero, en realidad, esa reforma legal siguió los procedimientos violentos de una revolucion; en 93 se decía: ¡la república ó la muerte! Los jesuitas decían en el siglo XVI: ¡el catolicismo ó el destierro con todas sus miserias!

En 1558, los jesuitas empezaron la campaña contra los protestantes. El duque de Baviera impuso una confesion de fe redactada por los jesuitas primeramente á los funcionarios públicos, y después la hizo extensiva á los habitantes; su ejecucion fué presidida por los jesuitas, y todos los que se negaron á suscribir la fórmula sufrieron el destierro. Como la cosa era tan sencilla, los obispos y

(1) *SCIOPPIUS, Not. ad Poggianum*, t. IV, p. 425.

(2) *GRIMOARD, Historia de las conquistas de Gustavo Adolfo*, III, 17.

(1) *GISELER, Kirchengeschichte*, t. III, P. I, § 12, notas 12 y 24.

—*RANKE, Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 398.

(2) *KHEVENHILLER, Annales*, t. IX, p. 120 y 37.

los abades se apresuraron á imitar el ejemplo, siempre bajo la inspiración de los reverendos padres. El derecho de reforma suministraba un medio fácil de volver á traer á los protestantes al seno de la Iglesia; y á este objeto bastaba ganar los príncipes, los cuales, una vez convertidos, restablecían el catolicismo con la misma facilidad que quien hace un reglamento de policía (1). Los jesuitas lo comprendieron así, y lo pusieron en práctica; se apoderaron de la educación en Alemania, lo mismo que en otras partes, y este monopolio, que los incautos protestantes tuvieron la debilidad de consentir, puso en sus manos la sociedad entera. Su talento educador les sirvió admirablemente en la universidad de Ingolstadt; había allí, en la segunda mitad del siglo XVI, un joven príncipe austriaco, entregado por su madre á la Iglesia; los jesuitas acabaron por hacer de él un instrumento de sus designios.

Al advenimiento de Fernando al imperio estalló en Bohemia una revolución que pudo ser fatal al catolicismo y á los jesuitas si los protestantes hubiesen estado unidos ó tenido, al ménos, un poco de espíritu político. Los jesuitas fueron las primeras víctimas de insurrección, y se les arrojó del país como enemigos del Estado. *La Apología de los Bohemos* nos dirá los odios que la orden de Loyola tenía ya desde entónces acumulados sobre su cabeza; acusó á los reverendos padres "de haber excitado la desunión de la nación por medio de sus intrigas, tratando de someter de nuevo á los utraquistas á la dominación de Roma y de haber obligado al emperador, con desprecio de las *Cartas de Majestad*, á que emplease la violencia para extirpar á los utraquistas, valiéndose del hierro y del fuego. También hace cargos á los jesuitas por la guerra doblemente odiosa que hicieron á los discípulos de Juan Hus, prodigando los favores del gobierno á los católicos y á los apóstatas y persiguiendo á los utraquistas con mil vejaciones; y por último, les acusa de haber enlodado la justicia misma, favoreciendo á sus amigos en sus tribunales y maltratando á los utraquistas como enemigos del príncipe" (2).

Los protestantes no supieron aprovechar la revolución: una sola batalla bastó para poner fin al

(1) GIBSELER, *Kirchengeschichte*, III, I, § II, notas 15, 21, 27.
(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, tomo IX, página 3 y siguientes.

reinado del *rey de invierno*; los jesuitas volvieron con los vencedores para vengar, juntamente con la causa de Dios, las ofensas que habían recibido: veamos su conducta. Ya hemos indicado los actos de violencia que siguieron á la victoria de Praga: primero la expulsión de los ministros calvinistas, luego la de los luteranos; los protestantes quedaron fuera de la ley, y la reforma católica fué llevada á cabo por la fuerza. Los jesuitas inspiraron á Fernando en la Bohemia del propio modo que le inspiraron toda su vida; según sus contemporáneos, su confesor jesuita, el famoso padre Lamormain, "tenía en sus manos el corazón del emperador, el cual le consultaba su opinión en todas las cosas, y su dictamen prevalecía y era seguido siempre; Fernando le obedecía como la oveja á su pastor" (1). La reacción católica estaba por completo bajo la dirección de los jesuitas: "Lo que los jesuitas querían, dice un historiador, testigo ocular, el emperador lo decretaba y los soldados lo ejecutaban" (2). Los reverendos padres acompañaban armados á los convertidos; ellos fueron los inventores de las dragonadas (3).

No son las dragonadas el crimen mayor de los jesuitas en la funesta guerra de los treinta años; cuando las pasiones se desencadenan y cuando la espada decide de la fe, son inevitables los horrores en todos los campos; los discípulos de Loyola fueron el genio del mal de la Alemania, porque su fanatismo encendió la guerra, y la hubiesen eternizado si hubiera estado en su mano el hacerlo. La habrían continuado, como dignos ministros del pontificado, hasta conseguir el completo exterminio del protestantismo; los guerreros se cansaron de la guerra y se inclinaron á la paz, mientras que los jesuitas, discípulos por excelencia de Aquel que se llama el príncipe de la paz, provocaron obstáculos incesantes á todas las negociaciones que hubieran podido conducir á la pacificación de la Alemania, siendo tan evidente que la Compañía de Loyola era el gran obstáculo á la unión de los espíritus, que Gustavo Adolfo, ese guerrero tolerante y humano, pidió la expulsión de los jesuitas como príncipe" (2).

(1) *Status particularis regiminis Ferdinandi II*, a. 1637, p. 41. C. Ib., p. 71: "Pater Lamormain maxima in aula Caesarea pollet auctoritate: utpote qui cor Caesaris in manibus et nutu suo habet, cujusque consilia et monitoria tam in rebus ecclesiasticis quam in politicis omnia alia prevalent."

(2) PFAFF, *Geschichte der Fürstenhäuser Württemberg*, t. III, I, página 406.

(3) GFRÖRER, *Gustav. Adolf*, p. 347.

mera condición del tratado que había de celebrarse en Austria (1). Wallenstein mismo, el campeón de la Casa de Austria, hizo en 1633 la proposición de arrojarlos del imperio, porque eran los verdaderos perturbadores de la Alemania y embrolladores incorregibles (2). La historia de las negociaciones que siguieron á la muerte de Gustavo Adolfo hasta la paz de Westfalia es una extensa acta de acusación contra la Compañía de Jesús.

Fernando II hizo en 1635 la paz más ventajosa para la Casa de Austria y el catolicismo; el tratado de Praga separa de la Suecia al elector de Sajonia y prepara la defección de los demás príncipes protestantes. Sin embargo, ¿quién lo creyera! los jesuitas se opusieron á ello, y de tal modo intrigaron, que los electores católicos no aceptaron la paz sino con reservas (3). La Compañía de Jesús seguía la política de los papas, que jamás transigen con la herejía, y debemos añadir que los jesuitas tenían, además, un interés personalísimo en combatir el tratado de Praga, puesto que suspendía la ejecución del edicto de restitución, y los reverendos padres estaban en ello tan interesados como en el catolicismo; luego explicáremos el por qué: la sangre corrió para que los jesuitas se enriquecieran á expensas de los protestantes y de los católicos. En 1637, el príncipe de Hesse-Cassel, el aliado más antiguo de la Suecia, estaba pronto á entenderse con el nuevo emperador, Fernando III; no se pedía más que la tolerancia en favor de los reformados y garantías para el protestantismo; pero la tolerancia concedida á la odiosa secta de Calvino era, á los ojos de los jesuitas, la abominación más desoladora, y manifestaron al emperador que había medio de aniquilar á los protestantes, dividiéndolos, como lo probaba la desertión del elector de Sajonia. Gracias á su influencia fracasó una negociación que hubiera podido terminar la guerra diez años antes y salvar la Alemania de un vergonzoso desmembramiento (4).

En 1640 se reunió una dieta en Ratisbona, la cual estuvo unánime en reclamar una amnistía general, como preliminar de la paz que tanto anhela-

ba Alemania; solamente los jesuitas hablaron y escribieron contra la reconciliación; querían que la *guerra sagrada* se llevase hasta el fin. Así pues, ¡la horrible guerra de los treinta años era *sagrada* á sus ojos, porque se hacía por la ambición de Roma! La nación alemana aún no ha olvidado, después de dos siglos, el doloroso sacrificio á cuyo precio compró la paz tan ardientemente deseada; se queja de la ambición de la Francia, que se aprovechó de sus despojos; con más razón debía quejarse del catolicismo ultramontano y de sus órganos, los jesuitas. En 1643 se trató, en una reunión de los Estados en Francfort, de reconciliar al emperador con los príncipes protestantes. ¿Quién no ve que, si la Alemania se hubiese presentado en el Congreso de Münster unida y fuerte, no hubiera podido despojarla el extranjero? Pero para alcanzar la reconciliación hubiera sido preciso hacer concesiones religiosas á los disidentes: Fernando III se negó. Su negativa obligó á los protestantes á echarse en brazos del extranjero, y el apoyo del extranjero es siempre el apoyo del enemigo (1). La Casa de Austria se vió por fin obligada, por las armas victoriosas de la Francia, á consentir la paz. ¿Cuál fué la política de los ultramontanos en las largas negociaciones que precedieron al tratado de Westfalia? Abrazaron el partido de la Francia, pusieron al emperador en el caso de concederle todo cuanto pedía, porque esperaban que el rey cristianísimo se uniría con ellos contra los protestantes (2). ¡Hé aquí el patriotismo de los católicos! Á ellos debe la Alemania el haber sido desmembrada.

Se dirá que los jesuitas, como soldados del papa, no podían obrar más que como obraron. Admitimos la excusa ó la justificación; creemos que los enemigos de la sociedad han separado equivocadamente su causa de la del catolicismo tradicional, cuyos representantes más fieles y cuyos campeones más valerosos son los discípulos de Loyola. Ahora bien, el papa no quería, no podía querer la paz con los protestantes; luego él es, el catolicismo es el responsable de la sangre derramada, de

(1) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 322.

(2) CHEMNITZ, *der schwedische Krieg*, t. II, p. 135.

(3) *Rheinisches Archiv für Geschichte und Literatur*, t. IX, página 317, según el testimonio de un contemporáneo católico, el dean BODMAN.

(4) Véanse los testimonios auténticos en ROMMEL, *Neuere Geschichte von Hessen*, t. IV, p. 485-554.

(1) ROMMEL, *Neuere Geschichte von Hessen*, t. IV, p. 630.

(2) *Negociaciones secretas referentes á la paz de Münster*, t. III, página 187: «La mayor parte de ellos han dicho claramente que el medio de hacer la paz era satisfacer á la Francia, y que era preciso empezar por ahí para alcanzar mejor éxito en los negocios que hay que tratar con los protestantes» (Despacho del plenipotenciario francés en Münster, del 21 de Mayo de 1646).

la ruina y de la vergüenza de la Alemania. Hay otra acusación que pesa sobre los jesuitas, y de la que les es más difícil lavarse. El papa no les impuso, que sepamos, la codicia con que deshonraron su causa. Se ha calculado que los reverendos padres se apropiaron por medio de donaciones piadosas, arrancadas á la piedad de su discípulo, el emperador Fernando, la tercera parte de las rentas de la Bohemia (1). Esta gigantesca explotación sería increíble si no se supiese que casi todo el suelo fué confiscado en beneficio de los vencedores. Los jesuitas trataron de aplicar su sistema de expropiación á la Alemania entera. El edicto de restitución, que debía trastornar el estado de la propiedad en el imperio, fué obra suya, y emplearon en la ejecución un santo furor: «¡Ánimo! exclama el padre provincial Forer. Si encontráis oposición, quemad é incendiad hasta que las estrellas se derripan y los ángeles sientan tostárseles los pies» (2). Claro está que los reverendos padres trabajaban por la causa de la religión. Lamormain se llamaba el fiscal de Dios; pero su celo ¿era completamente desinteresado?

Vamos á ver cómo entendían los jesuitas la restitución de los bienes eclesiásticos. En Augsburgo se hicieron restituir un colegio protestante, que no había pertenecido jamás á la Iglesia, porque había sido constituido á expensas de la clase media protestante; de modo que aquellos mismos que se lamentaban de la expoliación se hacían á su vez expoliadores. Se dirá que lo que se cogía á los herejes era buena presa. Enhorabuena; pero los jesuitas no se contentaron con despojar al enemigo; se hicieron restituir los bienes que habían pertenecido á las otras órdenes religiosas; no retrocedieron ante ningún medio para apropiarse todo cuanto se podía coger. Unas veces recurrían á mentiras que podrían calificarse de estafas: pretextando que los antiguos religiosos les habían cedido sus derechos, se posesionaban á despecho de las protestas de los pretendidos donantes. Otras empleaban la astucia y la violencia para despojar á pobres religiosas (3). El

(1) SUGENHEIM *Geschichte der Jesuiten in Deutschland*, t. II, páginas 312-315 da algunos detalles sobre aquella gigantesca explotación.

(2) «Estote ferventes. Sollten Einige das hindern, so soll man brennen, dass die Engel die Füße an sich ziehen und die Sterne schmelzen.» (MEMMINGER, *Württembergische Jahrbücher*, 1821, página 231).

(3) SUGENHEIM, *Geschichte der Jesuiten*, t. II, p. 46 y 61.

éxito hizo á los jesuitas demasiado emprendedores; llevaron las cosas al extremo de que la nobleza católica, y aun los tres electores eclesiásticos, dirigieron vivas quejas al papa sobre la rapacidad de la Sociedad de Loyola (1).

Ahora sabemos ya á qué precio reformó la milicia del papa la Alemania. Los jesuitas, ministros de un Dios de paz, alimentaron la discordia, hasta que el odio religioso produjo la más horrible de las guerras. Sacerdotes de una religión que aborrece la sangre, promovieron la efusión de sangre que corrió á torrentes durante treinta años. Discípulos, y llevando el nombre de Aquel que fué el doctor de la humildad y de la pobreza, se arrojaron sobre los despojos de los vencidos, explotando en su beneficio las calamidades de que ellos eran los autores ó los cómplices. El pontificado y sus instrumentos, los jesuitas, arruinaron la Alemania y la condujeron á su fraccionamiento. ¡Hé aquí cómo salvaron la causa de Dios los hombres de la reacción católica!

N.º 2.—La Inglaterra.—Los jesuitas conspiradores.

En Alemania, los jesuitas dominaban; tenían á su favor la letra de la paz de Augsburgo; tenían consigo á los príncipes católicos y al emperador. En Inglaterra, el catolicismo estaba proscrito; los jesuitas tenían contra sí la ley, el gobierno y la mayoría de la nación. No podía, pues, tratarse de una reforma católica hecha á la sombra de la ley, y mucho menos de un llamamiento á las armas. Los jesuitas recurrieron á la astucia; se hicieron conspiradores. Pascal ha criticado en sus inmortales folletos la doblez de los discípulos de Loyola. Los defensores de los jesuitas pretenden que el autor de las *Provinciales* los ha calumniado: los hechos decidirán. Conocemos la doctrina de la Compañía acerca del poder de los papas; es la teoría ultramontana bajo el nombre de poder indirecto. Pudiera acusarse á esta doctrina de superchería, porque los jesuitas negaban todo poder al papa, al paso que le daban, por un camino indirecto, lo que al parecer le quitaban. Hubo aún más malicia en sus

(1) HAY, *Acta ecclesiastica*, p. 497-503. La nobleza dijo: «Res indigna est, beatissime Pater, nobis minime preferenda. Quod si Sanctitas Vestra has Patrum Societatis, divino et humani gentiumque juri contrarias et avidas intentiones et machinationes—avertere dignabitur...»

actos. Un papa excomulgó á la reina Isabel, desligó á sus súbditos del deber de fidelidad y provocó á todos los católicos á la insurrección. ¿Podían los jesuitas, instrumentos ciegos del pontificado, dudar un momento en su línea de conducta? Sin embargo, su lenguaje fué lo más moderado posible; no dejaron escapar en público ni una palabra sobre el poder directo ó indirecto de los papas; pareció que reconocían el gobierno de la reina excomulgada y depuesta por el vicario de Dios: no iban á Inglaterra, decían, á intrigar contra la autoridad de Isabel, iban á salvar las almas (1). ¡Pura táctica! Los jesuitas comprendían que en Inglaterra, ménos que en cualquier otra parte, podían atacar el sentimiento de la independencia y de la soberanía nacional. Pero al mismo tiempo que adulaban al patriotismo inglés ó contemporizaban con él, conspiraban contra la vida de Isabel y contra la libertad de la nación.

Es difícil coger *infraganti* á los conspiradores, y mucho más cuando los que conspiran son jesuitas, porque tienen siempre á su servicio mil protestas públicas para ponerse al abrigo de toda sospecha. Para apreciar estas protestas en su justo valor es preciso saber lo que quieren decir las palabras en boca de los hijos de Loyola. ¿Qué más inocente, más legítimo, más meritorio que los seminarios ingleses fundados en el continente? Arrojadlos de su patria, los sacerdotes católicos conservaban en ellos el fuego sagrado de la fe, y sacrificaban su vida por difundir la palabra de Dios entre sus hermanos de Inglaterra. Son seminarios de mártires, exclama el cardenal Baronio: «La sagrada Compañía de Jesús los engorda en su santo redil como inocentes corderos, víctimas agradables á Dios» (2). Oigamos la *Apología* del padre Allen de la Compañía de Jesús y el seminario inglés: «Desde el momento en que los padres de la Sociedad oyeron que el papa enviaría á algunos de ellos á Inglaterra, jesuitas de gran saber, Ingleses y de otras naciones, se echaron á los pies de sus superiores y pidieron con lágrimas la gracia de comba-

tir el protestantismo ó de morir confesando la fe de Cristo.» Admiramos este heroísmo; pero lo que la Iglesia llama martirio, nosotros lo llamamos rebelión á la ley, crimen de traición. En vano se dice que los jesuitas tenían la instrucción de permanecer ajenos á la política (1); eran rebeldes en el mero hecho de establecerse en Inglaterra. Pero ¿es verdad que no se mezclaron en política? El embajador de Francia en Inglaterra, testigo de sus intrigas, los acusa de ser chismosos y malos ciudadanos, los acusa de haber conspirado contra la vida de la reina y de haberse hecho los instrumentos del extranjero para derribar su gobierno (2). Enrique IV, que no era su enemigo, puesto que los llamó á Francia, los acusa igualmente de ser los agentes de la España (3). En fin, aquellos mártires de la fe intriguaron tanto, que levantaron contra sí hasta al mismo clero católico. Los sacerdotes seculares escribieron al papa que la Compañía de Jesús comprometía la causa del catolicismo en Inglaterra: «Las incesantes conspiraciones de los padres, dicen, han obligado al gobierno de la reina á tomar severas medidas contra los católicos; ellos han impulsado á la España á invadir la Inglaterra y la Irlanda; ellos sostienen que la hija de Felipe II tiene derecho á la corona de Inglaterra, y obligan á los discípulos de sus seminarios á prestar juramento de fidelidad á esta soberana.» El clero inglés creyó deber disuadir á las familias católicas de que enviasen á sus hijos á los seminarios de los jesuitas, porque en ellos se los educaba en la deslealtad y en la traición (4).

Los jesuitas cometerían un yerro en negar su complicidad con España, pues que, en su misión de católicos, son partidarios devotos de la santa sede. Ya hemos mostrado al papa ligado con España contra Isabel, excitando conjuraciones contra la vida de la reina y contra la independencia de

(1) CRÉTINEAU-JOLY, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. II, página 278.

(2) RAUMER, *Briefe*, t. II, p. 235.

(3) Carta de Enrique IV á su embajador en Venecia (1691): «Yo he favorecido á los sacerdotes ingleses y católicos ingleses que se oponen á los designios de los jesuitas, los cuales sirven más á las pasiones de los Españoles que á los adelantamientos del bien de la religión, los unos por indiscreción, los otros por malicia.» (*Cartas de Enrique IV*, t. V, p. 574).

(4) CAMDEN, *Annales*, ad. a. 1602, p. 84: «Jesuitarum sceleratas in rempublicam molitiones omnia conturbasse, catholicam religionem admodum labefactasse et severas leges in catholicis elicuisse... Postremo pontificios anglos obstetati sunt, ne liberos in jesuitarum seminarios educandos transmitterent, qui proditionis virus teneris animis cum primis rudimentis infundere assolent.»

(1) Al mismo tiempo que la vida de Isabel se veía amenazada por la conspiración de Gifford, Savage y Babington, tramada en Reims, escribieron los jesuitas una especie de carta-pastoral á los católicos de Inglaterra, para exhortarles á que no alterasen el orden, ni atentasen de ninguna manera contra la reina, sino que acudiesen únicamente á las lágrimas, á las oraciones, á las vigiliyas y á los ayunos, únicas armas que pueden oponer los cristianos á la persecución (CAMDEN, *Annales*).

(2) *Martirologio del cardenal BARONIO*, 29 de Diciembre.